

LUCIO V. MANSILLA

UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES

¿Qué pasó con los ranqueles después?
Crónica de Alejandro Seselovsky

Prólogo, edición y notas
de Saúl Sosnowski



LUCIO V. MANSILLA

UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES

¿Qué pasó con los ranqueles después?

Crónica de Alejandro Seselovsky

Prólogo, edición y notas
de Saúl Sosnowski



Una excursión a los indios ranqueles

Lucio V. Mansilla

1870

Criterio de esta edición

Esta edición de Saúl Sosnowski de *Una excursión a los indios ranqueles* sigue el texto publicado bajo el cuidado de Julio Caillet-Bois (México, 1947), que a su vez reproduce la tercera edición de la obra (1890). Se ha procedido a una compulsión de ese texto con las tres primeras ediciones de la obra, destinada a fijar un texto definitivo, y se han anotado nuevamente sus aspectos lexicales e históricos.

A manera de post-scriptum, al finalizar el texto de Mansilla incluimos una nueva crónica de Alejandro Seselovsky, que en 2022 realizó un viaje a Leubucó, La Pampa, y de allí a Colonia Mitre, paraje pampeano que alberga a descendientes de los ranqueles.

PRIMERA PARTE

I

Dedicatoria. Aspiraciones de un tourist. Los gustos con el tiempo. Por qué se pelea un padre con un hijo. Quiénes son los ranqueles. Un tratado internacional con los indios. Teoría de los extremos. Dónde están las fronteras de Córdoba y campos entre los ríos Cuarto y Quinto. De dónde parte el camino del Cuero.

No sé dónde te hallas,²⁴ ni dónde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud.

Hace bastante tiempo que ignoro tu paradero, que nada sé de ti; y solo porque el corazón me dice que vives, creo que continúas tu peregrinación por este mundo, y no pierdo la esperanza de comer contigo, a la sombra de un viejo y carcomido algarrobo, o entre las pajas al borde de una laguna, o en la costa de un arroyo, un *churrasco* de guanaco, de gama, o de yegua, o de gato montés, o una *picana* de avestruz, boleado por mí, que siempre me ha parecido la más sabrosa.

A propósito de avestruz, después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido *mazamorra* en el Río de la Plata, *charquicán* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Périgord, *chipá* en la Asunción, recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en *Nagüel Mapo*, que quiere decir “Lugar del Tigre”.

Los gustos se simplifican con el tiempo, y un curioso fenómeno social se viene cumpliendo desde que el mundo es mundo. El *macrocosmo*, o sea el hombre colectivo, vive inventando placeres, manjares, necesidades, y el *microcosmo*, o sea

24 El interlocutor de estas cartas fue Santiago Arcos (h), radicado en esos momentos en España. En 1860 había publicado *Cuestión de los indios. Las fronteras y los indios*. La dedicatoria posee, pues, además del signo amistoso la búsqueda de la mirada cómplice que reconoce el territorio y sus aperturas.

el hombre individual, pugnando por emanciparse de las tiranías de la moda y de la civilización.

A los veinticinco años, somos víctimas de un sinnúmero de superfluidades. No tener guantes blancos, frescos como una lechuga, es una gran contrariedad, y puede ser causa de que el mancebo más cumplido pierda casamiento. ¡Cuántos dejaron de comer muchas veces, y sacrificaron su estómago en aras del buen tono!

A los cuarenta años, cuando el cierzo y el hielo del invierno de la vida han comenzado a marchitar la tez y a blanquear los cabellos, las necesidades crecen, por un bote de *cold cream*, o por un paquete de cosmético, ¿qué no se hace?

Más tarde, todo es lo mismo; con guantes o sin guantes, con retoques o sin ellos, “la mona aunque se vista de seda mona se queda”.

Lo más sencillo, lo más simple, lo más inocente es lo mejor: nada de picantes, nada de trufas. El *puchero* es lo único que no hace daño, que no indigesta, que no irrita.

En otro orden de ideas, también se verifica el fenómeno. Hay razas y naciones creadoras, razas y naciones destructoras. Y, sin embargo, en el irresistible *corso e ricorso* de los tiempos y de la humanidad, el mundo marcha; y una inquietud febril mece incesantemente a los mortales de perspectiva en perspectiva, sin que el ideal jamás muera.

Pues, cortando aquí el exordio, te diré, Santiago amigo, que te he ganado de mano.

Supongo que no reñirás por esto conmigo, dejándote dominar por un sentimiento de envidia.

Ten presente que una vez me dijiste, censurando a tu padre, con quien estabas peleado:

—¿Sabes por qué razón el viejo está mal conmigo? Porque tiene envidia de que yo haya estado en el Paraguay, y él no.

Es el caso que mi estrella militar me ha deparado el mando de las fronteras de Córdoba, que eran las más asoladas por los ranqueles.

Ya sabes que los ranqueles son esas tribus de indios araucanos, que habiendo emigrado en distintas épocas de la falda occidental de la Cordillera de los Andes a la oriental, y pasado los ríos Negro y Colorado, han venido a establecerse entre el Río Quinto y el Río Colorado, al nacimiento del Río Chalileo.

Últimamente celebré un tratado de paz con ellos, que el Presidente aprobó, con cargo de someterlo al Congreso.

Yo creía que siendo un acto administrativo no era necesario.

¿Qué sabe un pobre coronel de trotes constitucionales?

Aprobado el tratado en esa forma, surgieron ciertas dificultades relativas a su ejecución inmediata.

Esta circunstancia por un lado, por otro cierta inclinación a las correrías azarasas y lejanas de ver con mis propios ojos ese mundo que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes —he ahí lo que me

decidió no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decían cono- cedores de los indios, a penetrar hasta sus tolderías y a comer primero que tú en Nagüel Mapo una tortilla de huevo de avestruz.

Nuestro inolvidable amigo Emilio Quevedo, solía decirme cuando vivía- mos juntos en el Paraguay, vistiendo el ligero traje de los criollos e imitándo- los en cuanto nos lo permitían nuestra sencillez y facultades imitativas: –¡Lucio, después de París, la Asunción! Yo digo: –Santiago, después de una tortilla de huevos de gallina frescos, en el Club del Progreso, una de avestruz en el toldo de mi compadre el cacique Baigorrita.

Digan lo que quieran, si la felicidad existe, si la podemos concretar y definir, ella está en los extremos. Yo comprendo las satisfacciones del rico y las del pobre; las satisfacciones del amor y del odio; las satisfacciones de la oscuridad y las de la gloria. Pero ¿quién comprende las satisfacciones de los términos medios; las satisfacciones de la indiferencia; las satisfacciones de ser *cualquier cosa*?

Yo comprendo que haya quien diga: –Me gustaría ser Leonardo Pereira, potentado del dinero.

Pero que haya quien diga: –Me gustaría ser el almacenero de enfrente, don Juan o don Pedro, un nombre de pila cualquiera, sin apellido notorio –eso no.

Y comprendo que haya quien diga: –Yo quisiera ser limpiabotas o vendedor de billetes de lotería.

Yo comprendo el amor de Julieta y Romeo, como comprendo el odio de Silva por Hernani, y comprendo también la grandeza del perdón.

Pero no comprendo esos sentimientos que no responden a nada enérgico, ni fuerte, a nada terrible o tierno.

Yo comprendo que haya en esta tierra quien diga: –Yo quisiera ser Mitre, el hijo mimado de la fortuna y de la gloria, o sacristán de San Juan.

Pero que haya quien diga: –Yo quisiera ser el coronel Mansilla –eso no lo entiendo, porque al fin, ese mozo ¿quién es?

Al general Arredondo, mi jefe inmediato entonces, le debo, querido Santiago, el placer inmenso de haber comido una tortilla de huevos de avestruz en Nagüel Mapo, de haber tocado los extremos una vez más. Si él me niega la licencia, me quedo con las ganas, y no te gano la delantera.

Siempre le agradeceré que haya tenido conmigo esa deferencia, y que me manifestara que creía muy arriesgada mi empresa, probándome así que mi suerte no le era indiferente. Solo los que no son amigos pueden conformarse con que otro muera estérilmente... y en la obscuridad.

La nueva línea de fronteras de la provincia de Córdoba no está ya donde tú la dejaste cuando pasaste para San Luis, en donde tuviste la fortuna de conocer aquel tipo que te decía un día en el Morro: –¡Yo no deseo, señor don Santiago, visitar la Europa por conocer el Cristal Palais ni el Buckingham Palace, ni las Tullerías, ni el London Tunnel sino por ver ese Septentrión!, ¡ese Septentrión!

Está la nueva línea sobre el Río Quinto, es decir que ha avanzado veinticinco leguas, y que al fin se puede cruzar del Río Cuarto a Achiras sin hacer testamento y confesarse.

Muchos miles de leguas cuadradas se han conquistado.
¡Qué hermosos campos para cría de ganados son los que se hallan encerrados entre el Río Cuarto y Río Quinto!

La cebadilla, el porotillo, el trébol, la gramilla, crecen frescos y frondosos entre el pasto fuerte; grandes cañadas como la del Gato, arroyos caudalosos y de largo curso como Santa Catalina y Sampacho, lagunas inagotables y profundas como Chemeco, Tarapendá y Santo Tomé constituyen una fuente de riqueza de inestable valor.

Tengo en borrador el *croquis topográfico*, levantado por mí, de ese territorio inmenso, desierto, que convida a la labor y no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria a la industria rural.

Más de seis mil leguas he galopado en año y medio para conocerlo y estudiarlo.

No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baqueano, comprendiendo que el primer deber de un soldado es conocer palmo a palmo el terreno donde algún día ha de tener necesidad de operar.

¿Puede haber papel más triste que el de un jefe con responsabilidad, librado a un pobre paisano, que lo guiará bien, pero que no le sugerirá pensamiento estratégico alguno?

La nueva frontera de Córdoba comienza en la raya de San Luis, casi en el meridiano que pasa por Achiras, situado en los últimos dobleces de la sierra, y costeano el Río Quinto se prolonga hasta la Ramada Nueva, llamada así por mí, y por los ranqueles *Trapalcó*, que quiere decir agua de totora, *Trapal* es Totora y *co*, agua.

La Ramada Nueva son los desagües del Río Quinto, vulgarmente denominados la Amarga.

De la Ramada Nueva, y buscando la derecha de la frontera sur de Santa Fe, sigue la línea por la Laguna N° 7, llamada así por los cristianos, y por los ranqueles *Potálauquen*, es decir, laguna grande; *potá* es grande y *lauquén*, laguna.

Siguiendo el juicioso plan de los españoles, yo establecí esta frontera colocando los fuertes principales en la banda sur del Río Quinto.

En la frontera internacional esto habría sido un error militar, pues los obstáculos deben siempre dejarse a vanguardia para que el enemigo sea quien los supere primero.

Pero en la guerra con los indios el problema cambia de aspecto, lo que hay que aumentarle a este enemigo no son los obstáculos para entrar, sino los obstáculos para salir.

El punto fuerte principal de la nueva línea, de frontera sobre el Río Quinto se llama Sarmiento. De allí arranca el camino que por Laguna del Cuero, famosa para los cristianos, conduce a Leubucó, centro de las tolderías ranquelinas.

De allí emprendí mi marcha. Mañana continuaré.

Hoy he perdido tiempo en ciertos detalles creyendo que para ti no carecerían de interés.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO, por Saúl Sosnowski | 7 |
| UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES | 23 |
| PRIMERA PARTE | 25 |
| I Dedicatoria | 25 |
| II Deseos de un viaje a los ranqueles | 29 |
| III Quién conocía mi secreto | 33 |
| IV Idea a que no nos resignamos | 37 |
| V El fogón | 41 |
| VI Regreso de Curupaití | 46 |
| VII Presentimientos de la multitud | 51 |
| VIII El palmar de Yataití | 56 |
| IX La Alegre | 60 |
| X No es posible seguir la marcha | 65 |
| XI ¿Quién había andado por Ralicó? | 70 |
| XII Por dónde habían ido los chasquis | 75 |
| XIII Martes es mal día | 81 |
| XIV Sueño fantástico | 87 |
| XV La Laguna Verde | 92 |
| XVI El embajador del cacique Ramón y Bustos | 97 |
| XVII Un cuerpo sano en alma sana | 104 |
| XVIII Historia de Crisóstomo | 110 |
| XIX El amanecer | 114 |
| XX El camino de Calcumuleu a Leubucó | 119 |
| XXI En qué consiste el arte de hacer de una razón varias razones | 124 |
| XXII Una nube de arena | 129 |
| XXIII Épocas buenas y malas | 134 |
| XXIV ¡Qué hacer cuando no hay más remedio! | 139 |
| XXV Gracias a Dios | 144 |

| | |
|---|-----|
| XXVI La enramada de Mariano Rosas..... | 148 |
| XXVII Pasión de Miguelito | 154 |
| XXVIII Teoría sobre el ideal | 160 |
| XXIX El gaucho es un producto peculiar de la tierra argentina..... | 165 |
| XXX Mi vademécum y sus méritos..... | 169 |
| XXXI Ojeada retrospectiva | 175 |
| XXXII El negro del acordeón y la música..... | 180 |

SEGUNDA PARTE.....187

| | |
|--|-----|
| XXXIII Retrato de Mariano Rosas | 187 |
| XXXIV Efectos del aguardiente..... | 194 |
| XXXV El toldo de Mariano Rosas visto de la enramada | 199 |
| XXXVI Por qué se me presentaba Camilo Arias | 204 |
| XXXVII El fogón al amanecer | 210 |
| XXXVIII Visita del cacique Ramón..... | 215 |
| XXXIX Camargo y José de visita en momentos de recogerme..... | 219 |
| XL Noche de hielo | 224 |
| XLI Carencias de los indios | 229 |
| XLII Preparativos para la marcha a las tierras de Baigorrita..... | 235 |
| XLIII Una noche eterna | 240 |
| XLIV Qué es la vida | 245 |
| XLV Dos desconocidos..... | 250 |
| XLVI Cansancio..... | 258 |
| XLVII Baigorrita se levanta al amanecer y se baña | 264 |
| XLVIII El cuarterón cuenta su historia | 269 |
| XLIX Medio dormido | 275 |
| L Mi compadre Baigorrita me pide caballos prestados | 280 |
| LI Mariano Rosas y su gente..... | 285 |
| LII Quién es Chañilao..... | 290 |
| LIII Mi compadrazgo con Baigorrita había alarmado a los de Leubucó..... | 295 |
| LIV Repito la lectura de los artículos del tratado de paz..... | 300 |
| LV Revelación..... | 309 |
| LVI La paz estaba definitivamente hecha..... | 315 |
| LVII Fama de Epumer | 320 |
| LVIII Intrigas contra Macías..... | 325 |
| LIX Se acerca la hora de la partida..... | 330 |
| LX Solo en el fogón | 334 |
| LXI La loca de Séneca | 338 |
| LXII Astucia y resolución de Camilo Arias..... | 343 |
| LXIII A orillas de un monte..... | 348 |
| LXIV Con quién vivía mi comadre Carmen | 354 |
| LXV El sueño no tiene amo | 360 |
| LXVI La familia del cacique Ramón..... | 365 |

| | |
|---|-----|
| LXVII A la vista de La Verde..... | 370 |
| LXVIII Otra vez en La Verde | 376 |
| EPÍLOGO | 383 |
| ¿QUÉ PASÓ CON LOS RANQUELES DESPUÉS? | |
| Crónica de Alejandro Seselovsky | 389 |

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

